

al escribiente rogándole pusiera una carta para el marido que acababa de salir de la cárcel, y lejos de ir en busca de su cara mitad parece que marchaba rumbo de Rio-frio. Quise en el momento separarme para que la pobre muger dictase con desembarazo su misiva confidencial, pero D. Hilarion me detuvo probándome que el mejor modo de conocer al evangelista era presenciar su trabajo y examinar sus expedientes. En efecto, la redactora en jefe tomó asiento en el banquillo destinado á los clientes, y sin cuidarse de nuestra presencia se enjugó los ojos y se preparó á dar los puntos: el secretario probó la pluma, procurando á nuestra vista hacer mas gallarda una forma de letra española antigua, con algunos trazos de inglesa moderna, y en seguida preguntó á la cliente—¿Le hablará vd. de tú?

—Sí, señor.

—¿Cómo se llama?

—Señor, se llama José Cayo de la Cadena; pero le dicen por mal nombre Gárfias.

—No le pongamos ese apodo porque se incomodará.

—No le hace, Señor, no le hace: yo quiero que la carta sea una cosa que le arda el alma: dígame vd. que no mas me busca cuando lo ponen preso, para que yo lo mantenga; que si él no habia de mantener siquiera á sus hijos para que se casó.

—Bueno, señora, haber que le parece á vd.

Y el secretario ordenando lo mejor que pudo la redaccion, escribió:

“Sr. D. José Cayo de la Cadena (haliáz garfiaz.)

megico Mallo 5 de 18....

Mi ingrato y querido Callo.

Esta solo se reduce á desirte que ya te licites, el animo de dejarme (como si no tubieras Hijos que mantener) despues, que yo sabe, Dios lo que trabajo para darles de comer, y luego á ti tambien que no mas occurs á mi cuando estas en la carsel!!!”

La cliente interrumpió diciéndole:—Señor, póngale vd. que cómo la.... de su querida (omitimos el apodo por escandaloso) no le da entonces nada despues que gasta todo lo que él gana.

El secretario meditó, escribió, y ella volvió á interrumpir añadiendo: dígame vd. que si se enoja á mí ni.... y la cliente sin terminar la frase levantó los hombros en ademan de desprecio haciendo lo que llaman un dengue: el escribiente debia, en mi concepto, hallarse embarazado para describir aquel dengue; pero el hombre que no se para en pintas, tradujo aquella frase muda poniendo—*ni tantito me importa.*

Finalmente, interpretando ademanes y coordinando ideas ajenas, ó lo que es peor, ideas de muger, y de muger sin átomos de educacion,

el evangelista terminó la carta donde cada dición era un disparate ó un insulto, y firmó al calce de la epístola, asentando el nombre de su cliente *Cornelia Galicia*, y poniendo en el sobre: *al Señor don Callo de la Cadena en—Rio-frio.*

La Galicia, que sin duda habia ocupado ya en otras veces al secretario, desató la punta del ceñidor donde guardaba un real, módico importe de la misiva, y lo entregó á nuestro D. Juan, que le advirtió no ser aquel dia de correo sino el siguiente.

Ibamos á entrar de nuevo en conversacion, cuando llegó una vieja suplicando al secretario le pusiese un memorial para librar á su hijo del sorteo; y al efecto llevaba la hoja de papel sellado. El evangelista nos pidió permiso por un momento, cortó su pluma, y sin esperar que le dictasen comenzó el ocurso dirigido al cura y demás agentes calificadores, poniendo:

“Exmos. Sres.”

“Perfecto Ocio ijo hunico de mi madre D^a Rosario Pasilla ante V. E. I. con el mas umilde y profundo respecto en uso de los derechos de ciudadano y como mas halla lugar en Derecho sumisamente expongo. Que teniendo una madre viuda de 99 años de edad y una tia doncella lo menos de 50 yo soy el que solamente puedo darles la subsistencia en su viudedad. Padescio tambien unas reumas en los brazos que certificaré si necesario fuere y por tales razones creo que se me debe esectuar del sorteo y Por tanto á V. Sas. pido rendidamente se digen en obsequio de la justicia y de su recto y magnanimo corazon decretar de conformidad con mi solicitud en lo que recibiré merced y gracia.”

La vieja recibió el ocurso, previa lectura, y aunque le pareció escelente, disputó con el secretario sobre el importe del escrito alegando insolvencia, hasta que á tira mas tira, y *regateando* lo que pudo, soltó un real y tres *clacos* y se alejó murmurando del evangelista. No bien hubo este concluido cuando llegó un criado pidiéndole unos versos ó décimas de zelos y de amor: nuestro evangelista abrió su papelera y entonces pude ver que la papelera de un evangelista es el retrete de las nueve musas, el almacen de las flores del Parnaso, la enciclopedia secreta de poetas anónimos, el repertorio de la poesía democrática y realmente popular: allí, allí es donde se encuentran las verdaderas poesías ligeras y de contraste, porque hay elegias y epitáfios alegres, sonetos de formas anómalas, felicitaciones tristes, odas de arte menor, silvas en figura de letrillas, décimas de catorce versos, sáficos á manera de epigramas, redondillas octágonas, estro-

fas en prosa y verso, consonantes libres, octavas sin principio ni fin; ultimamente, allí es donde se halla el complemento de la revolucion literaria y la perfecta fusion de los clásicos, los románticos y los macarrónicos.

Siguiendo nuestra historia, como dijimos, un doméstico pidió unos versos de zelos y de amor. Nuestro secretario que está al tanto de todas las situaciones de la vida, tenia ya puestas en limpio y en papel timbrado, ya con palomitas asidas del pico, ya con una flor, ya con dos corazones atravezados con una flecha, y otra porcion de geroglíficos, varias poesías de distintos calibres, y consultando el gusto del solicitante, dijo: haber que le parecen estas décimas de glosa.

Ya tendrás tu saragate
Que te eche su cobijita
En un colchon de colita (1)
Y un rompido *petate* (2).

No le agradó al doméstico, y el evangelista tomando otro papel, leyó:

Le dirás á ese tu amante
Que se nombra por tu dueño
Que te he de ser constante,
Y que si es hombre de empeño
Que me busque vigilante.

Tampoco le agradó al doméstico la vigilancia, y menos que lo buscase un hombre de empeño, por lo que el secretario, sacando otro papel, leyó:

¿Qué te ha hecho mi corazon
Para que así lo maltrates?
Si lo has de herir poco á poco
Mejor será que lo mates.

—Ese si está bueno, señor! ¿Cuánto vale?

—Dos reales; tiene un corazon pasado con un puñal y una palomita volando.

—Está bien; pero la cosa es que yo no *tuteo* á la señora, y quien sabe si se enojará.

—Pues si vd. quiere se puede componer, pero le cuesta medio real mas.

—Si queda bueno....

(1) *Una salea.*

(2) *Estera.*

—Sí que queda; lo verá vd.: y tomando una actitud de autor, escribió:

Que le ha hecho á V. mi corazon
Para que así lo maltrate V?
Si lo ha de herir V. poco á poco
Mejor será que lo mate V.

—Así, señor, así y me hace vd. favor de ponerle mi nombre.

—¿Cómo se llama vd.?

—Plácido Mercado.

El doméstico marchó y tras él vino un *barillero* á buscar unos versos para felicitar á un compadre en su cumpleaños. Nuestro escritor público, que aun no habia cerrado la papelera, tomó un papel en forma de tarjeta, donde con letra microscópica habia escrito:

Con prósperas alegrías
Aunque á ninguno le cuadre
Deseandote melodías
Tu amantísimo compadre
Te felicita los dias.

No gustó de la quintilla el *barillero*; queria unos versos largos, unas décimas, una cosa que dijera mucho; así fué que D. Juan sacó un borrador que contenia una glosa, la cual comenzaba:

San Gerónimo el clarín
Te toque con dulce voz,
Y en honra y gloria de Dios
Te cuelgue San Agustín.

Leida hasta el fin la correspondiente glosa, que omitimos por no cansar al prudente lector, pagó el *barillero* y fuése; pero no hubo modo de entrar yo en relaciones con el secretario porque vinieron simultáneamente, un soldado manco en pos de un escrito para que se le pagase su retiro: un muchacho á comprar flaco de tinta; una muger embarazada que deseaba convidar de compadre á su vecino el pulquero: otra vieja que habia perdido á su nieta y queria avisos para fijarlos en las esquinas: otra mas que necesitaba una esquela para pedir un socorro: otra idem para decir á su hijo lo mal que hizo en robarse á la recamarera, &c. &c. &c.

Don Hilarion dedujo que aquel dia habia sido de cosecha para el evangelista; pero me advirtió que no era eso lo comun, pues lo mas del tiempo estaba casi en calma y pasaba nuestro hombre horas enteras identificado con su mesa. Yo me despedí de mi amigo y quedé

refleccionando que el pobre evangelista, barbudo por arranquera, suicio por pobreza, hambriento por necesidad, gastada la vista, aniquilado el entendimiento, es el verdadero tipo de la paciencia. Es ignorante y vive de la ignorancia ajena, y esa ignorancia es su verdadera profesion; pero en medio de todo goza alguna independencia, es el secretario particular del público que no sabe escribir; no necesita protocolo, ni tiene responsabilidad; su ramo abraza todos los ramos: como redactor no tiene que esponerse á la torpeza de un cajista; como escribiente, donde él pinta no hay quien borre; tiene su ortografía peculiar, su estilo y fórmulas propias: es un artesano sin mas arte que el de escribir; un secretario sin secretos; y, como todo animal de pluma come de las ideas ajenas sin entenderlas: la prosa y el verso son para él lo que para el carpintero la caoba y el pino: tan pronto es el instrumento de una venganza como el de una buena obra: planta parásita vejeta como tantas otras con las cuales se confunde, porque al evangelista no se le distingue sino cuando con su mesa se le ve adherido al portal; es, en fin, un empleado sin ascenso y sin montepío: una máquina hecha para la correspondencia confidencial, un archivo viviente y heterogéneo de epístolas amorosas, felicitaciones, pesames, reprimendas, zelos, peticiones, ocurso, réplicas y contra réplicas, de versos en prosa, romances, y de cuanto ha desechado la literatura y la retórica antigua y moderna. Y como el evangelista no tiene alas ni cola, ni letrado en la frente sino en la delantera de su mesilla, ni tiene únicamente un ojo como los cíclopes, ni distintivo alguno de originalidad, porque si bien es cierto que suele tener un angelito que le lleva el almuerzo, y un pico que parece de águila, pero que realmente es el de su pluma, y un caracter de leon cuando el hambre le aprieta, y unos cuernos si tuvo la desgracia de suicidarse, como que el angelito no es del cielo todavía, ni el pico de su pluma traza jamas un rasgo del Apocalipsis, ni el carácter de leon es cosa que se vé, ni los cuernos de aquellos que se palpan, nuestro evangelista, en resumen, fuera del portal y de la actitud que representa en la estampa, es un hombre siempre pobre, que escribe, duerme y come, y que come solamente cuando escribe.—(&.)

Enero de 1855.

